

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**
PASTOR

The Code of Canon Law of 1983 recognizes two types of parishes: territorial and personal. Most parishes are territorial, meaning, if a person lives within the territorial boundaries of a specific parish, he or she is understood to be a parishioner of that parish. Therefore, the parish in which one lives is understood to be his or her own “proper” parish. More recently, however, people “shop” for a parish or participate more frequently in a parish which is not his or her proper parish according to church law. There are many reasons motivating folks to join a particular parish other than the one prescribed by law. Is the request to be honored is the question. Though the preference for territoriality remains solid on juridical and theological footings, there are also justifiable exceptions to norm of law. Whether or not to honor such a request begins with the understanding that parishes are established to provide for the spiritual and temporal needs of the faithful. And while the obligations to be fulfilled by the faithful are not specific to a particular parish, the “familiarity” of parish life also gives rise to an individual’s “identification” with a particular community of faith. Clearly, the matter of the exchange of rights and obligations between the “parish priest” and the faithful belonging to his or her “proper” parish comes into full view. A parish priest is obliged to provide for the spiritual needs of the faithful entrusted to his care, and to visitors to a lesser degree according to the condition of the individual’s having a proper parish. Therefore, if a parish priest receives an individual other than his parishioners defined by territoriality and expects the individual to contribute from his or her own time, talents and treasure for the life of the parish, a moral obligation for that person’s pastoral care is understood to become operative. Great care must be taken then to discern the competing values which give rise to one’s desire to participate in the life of a parish other than his or her own proper parish. That discernment would have to include the participation of an individual’s proper pastor in the discernment. Such decisions do require more attention be given to the ability to provide pastoral care and the identification of the faithful with a local congregation which may be overlooked in immediate reception of a person or a family into a parish which is not their own.

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**
PASTOR

El Código de Derecho Canónico de 1983 reconoce dos tipos de parroquias: territoriales y personales. La mayoría de las parroquias son territoriales, lo que significa que, si una persona vive dentro de los límites territoriales de una parroquia específica, se considera que es feligrés de esa parroquia. Por lo tanto, se entiende que la parroquia en la que uno vive es su propia parroquia “propia». Sin embargo, más recientemente, las personas “eligen» una parroquia o participan con mayor frecuencia en una parroquia que no es su parroquia propia según el derecho canónico. Hay muchas razones que motivan a las personas a unirse a una parroquia en particular distinta de la prescrita por la ley. La pregunta es si se debe atender dicha solicitud. Aunque la preferencia por la territorialidad sigue siendo sólida desde el punto de vista jurídico y teológico, también hay excepciones justificables a la norma de la ley. La decisión de aceptar o no dicha solicitud parte de la comprensión de que las parroquias se establecen para atender las necesidades espirituales y temporales de los fieles. Y aunque las obligaciones que deben cumplir los fieles no son específicas de una parroquia en particular, la “familiaridad» de la vida parroquial también da lugar a la “identificación» de una persona con una comunidad de fe concreta. Claramente, la cuestión del intercambio de derechos y obligaciones entre el “párroco» y los fieles que pertenecen a su parroquia “propia» se pone de manifiesto. Un párroco tiene la obligación de atender las necesidades espirituales de los fieles confiados a su cuidado y, en menor medida, de los visitantes, dependiendo de si estos pertenecen a una parroquia propia. Por lo tanto, si un párroco acoge a una persona que no sea uno de sus feligreses —definidos por criterios territoriales— y espera que dicha persona contribuya con su tiempo, sus talentos y sus recursos a la vida de la parroquia, se entiende que entra en vigor la obligación moral de atender su cuidado pastoral. Por lo tanto, se debe tener mucho cuidado al discernir los valores en conflicto que dan lugar al deseo de participar en la vida de una parroquia distinta de la propia. Ese discernimiento tendría que incluir la participación del propio párroco de la persona en el proceso. Tales decisiones requieren que se preste mayor atención a la capacidad de brindar atención pastoral y a la identificación de los fieles con una congregación local, aspectos que pueden pasarse por alto en la acogida inmediata de una persona o una familia en una parroquia que no es la suya.

PASTOR'S CORNER | REFLEXIÓN DEL PASTOR

REV. RAFAEL O'FARRIL
ASSISTANT PASTOR



Querida familia de Nuestra Señora de la Paz:

El segundo Domingo de Pascua, conocido como la Fiesta de la Divina Misericordia, no es solo una prolongación de la alegría pascual, sino una revelación profunda del corazón de Dios: un Dios que no se cansa de salir al encuentro del hombre herido, incrédulo y temeroso. El Evangelio nos sitúa en un ambiente cargado de miedo: puertas cerradas, corazones paralizados, discípulos marcados por la culpa y la confusión. Y sin embargo, allí mismo, donde todo parece bloqueado, Jesús se hace presente y pronuncia una palabra que no condena, sino que reconstruye: “La paz esté con ustedes.”

No es una paz superficial. Es la paz que nace del perdón. Por eso, inmediatamente muestra sus llagas. No las oculta. No las borra. Las convierte en fuente de misericordia. Las heridas del Crucificado son ahora el lenguaje con el que Dios habla al hombre: no para recordarle su pecado, sino para ofrecerle una nueva oportunidad.

Luego sopla sobre ellos y les confía una misión inmensa: “A quienes les perdonen los pecados, les quedan perdonados.” Aquí se revela el corazón de la Iglesia: una comunidad no perfecta, sino reconciliada y enviada a reconciliar. La misericordia no es una idea; es una experiencia que transforma y que se comunica.

Pero aparece Tomás. No estaba. No vio. No creyó. Y su reacción no es distinta a la nuestra: quiere pruebas, quiere tocar, quiere asegurarse. En el fondo, no se fía fácilmente del amor cuando ha sido herido.

Ocho días después, Jesús vuelve... solo por él. No lo rechaza por su duda. No lo humilla. Se acerca y le dice: “Trae tu mano... y no seas incrédulo, sino creyente.” Es un momento decisivo: Tomás toca las llagas... y en ellas descubre no solo la realidad de Cristo, sino la verdad de Dios. Y entonces brota la confesión más profunda del Evangelio: “Señor mío y Dios mío.”

La misericordia ha vencido la incredulidad.

La primera lectura nos muestra el fruto de este encuentro: una comunidad perseverante, unida, generosa, centrada en la enseñanza, la comunión, la fracción del pan y la oración. Cuando la misericordia es acogida, la vida cambia. Se rompen los egoísmos, se comparte, se vive en alegría sencilla. No es idealismo; es el efecto real de haber sido tocados por la gracia.

Y la segunda lectura nos recuerda que esta fe no elimina las pruebas, pero les da sentido: “Aunque ahora tengan que sufrir un poco, se alegran con un gozo indescriptible.” La fe pascual no es evasión... es una fuerza interior que sostiene en medio de la dificultad.

Hermanos, hoy la pregunta no es si creemos en la misericordia... sino si nos dejamos alcanzar por ella. Porque podemos estar dentro, con las puertas cerradas... o como Tomás, resistiendo... y aun así, Cristo sigue viniendo.

Él entra donde hay miedo.

Se queda donde hay herida.

Y ofrece paz donde hay culpa.

Que en esta Pascua no nos quedemos en una fe de palabras, sino que, tocados por su misericordia, podamos vivir como testigos: con corazones reconciliados, manos abiertas y una fe que, aun sin ver, se atreve a creer.

Señor mío y Dios mío... en Ti confío.

**PASTOR'S | REFLEXIÓN
CORNER | DEL PASTOR**
**REV. RAFAEL O'FARRIL
ASSISTANT PASTOR**


Dear family of Our Lady of Peace:

The Second Sunday of Easter, known as the Feast of Divine Mercy, is not only an extension of Easter joy, but a profound revelation of the heart of God: a God who never tires of going out to meet the wounded, doubtful, and fearful human person.

The Gospel places us in an atmosphere filled with fear: closed doors, paralyzed hearts, disciples marked by guilt and confusion. And yet, right there, where everything seems blocked, Jesus becomes present and speaks a word that does not condemn, but restores: "Peace be with you."

This is not a superficial peace. It is the peace born of forgiveness. That is why He immediately shows them His wounds. He does not hide them. He does not erase them. He transforms them into a source of mercy. The wounds of the Crucified are now the language with which God speaks to humanity: not to remind us of our sin, but to offer us a new beginning.

Then He breathes on them and entrusts them with a great mission: "Whose sins you forgive are forgiven them." Here the heart of the Church is revealed: not a perfect community, but a reconciled one, sent to reconcile. Mercy is not an idea; it is an experience that transforms and is meant to be shared.

Then Thomas appears. He was not there. He did not see. He did not believe it. And his reaction is not very different from ours: he wants proof, he wants to touch, he wants certainty. Deep down, it is hard to trust in love when one has been wounded.

Eight days later, Jesus returns... just for him. He does not reject him for his doubt. He does not humiliate him. He comes close and says: "Put your finger here... and do not be unbelieving, but believe." It is a decisive moment: Thomas touches the wounds... and in them discovers not only the reality of Christ, but the truth of God. And then the most profound confession of the Gospel bursts forth: "My Lord and my God!"

Mercy has conquered unbelief.

The first reading shows us the fruit of this encounter: a persevering, united, and generous community, centered on the teaching, the communion, the breaking of the bread, and prayer. When mercy is received, life changes. Selfishness is broken, people share, and joy becomes simple and real. This is not idealism; it is the concrete effect of having been touched by grace.

And the second reading reminds us that this faith does not eliminate trials, but gives them meaning: "Though now you may have to suffer a little, you rejoice with an indescribable joy."

Easter faith is not an escape... It is an inner strength that sustains us in the midst of difficulty.

Brothers and sisters, today the question is not whether we believe in mercy... but whether we allow ourselves to be reached by it. Because we can be inside, with closed doors... or like Thomas, resisting... and still, Christ continues to come.

He enters where there is fear.

He remains where there is a wound.

And He offers peace where there is guilt.

May this Easter not remain only in words, but, touched by His mercy, may we live as true witnesses: with reconciled hearts, open hands, and a faith that, even without seeing, dares to believe.

My Lord and my God... in You I trust.